



De machos, mandilones y otras cosas...

Ser hombre de verdad en la ciudad de México.
Ni macho ni mandilón*

RICARDO FALOMIR PARKER **

I

En un momento en donde hasta los políticos hablan de un gobierno con perspectiva de género e introducen en su lenguaje la distinción de los y las mexicanas a cada paso, en un momento así, la publicación del libro de Matthew C. Gutmann, *Ser hombre de verdad en la ciudad de México* es, además de oportuno, un texto muy bienvenido por tratarse del resultado de un trabajo etnográfico realizado en la ciudad de México desde un punto de vista de género.

Para la antropología, el tema del género no es una moda; se trata de una perspectiva y categoría analítica que intenta entender y dar cuenta de algunas de las tareas más urgentes de las ciencias sociales: ¿cómo en diferentes épocas sociales y contextos culturales se elabora e interpretan las diferencias biológicas entre los sexos? ¿cómo se construye en cada sociedad y época histórica la diferencia hombre-mujer y qué posición social se asigna en la estructura de relaciones de poder a

uno y otro género? Las respuestas que se puedan dar a estas interrogantes no son sólo un asunto académico, se trata de entender por qué entre el 30 y el 50 por ciento de las mujeres de todo el mundo han sufrido violencia doméstica o cuál es la causa de que 130 millones de mujeres y niñas hayan sido sometidas a la mutilación genital o por qué cada año cuatro millones de niñas son víctimas del tráfico sexual (*Reforma*, 26 de noviembre del 2000: 14 A). Otros datos consignan que anualmente aumenta la proporción de mujeres con VIH en Latinoamérica; para el caso de Brasil, en 1991, la relación era de una mujer por cada cinco hombres y *hoy día hay dos mujeres —monógamas y casadas— infectadas por cada hombre* (*Time*, 7 de diciembre del 2000: 8).

Por ello, el libro de Gutmann no es un divertimento. Se trata de una investigación profesional, de una importancia y trascendencia innegables, realizada por un experto en el tema. El estudio trata de poner sobre la mesa lo que significa ser hombre en un contexto socio-

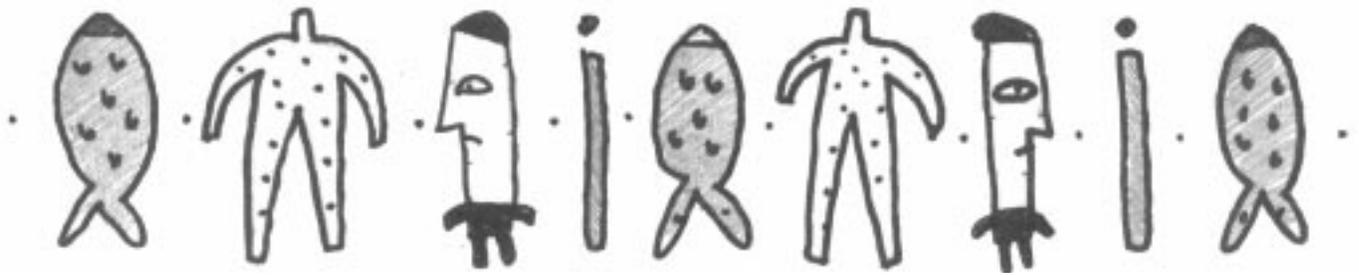
cultural específico (una colonia urbano-popular del Distrito Federal) y en un momento también acotado (entre agosto de 1992 y agosto de 1993). Conviene advertir esto porque el libro tiene entre sus objetivos centrales cuestionar y rebatir todos los intentos que, desde la perspectiva de la *antropología del mexicano*, han querido caracterizar a eso que llaman el *macho mexicano*.

Contra estos desfiguros, el autor se ubica en la trinchera malinowskiana por excelencia: un contexto histórico y cultural bien delimitado. Cualquier intento por hablar sobre el machismo mexicano fuera de estas coordenadas y sin distinciones de época histórica, región, clase social y diferencias generacionales resulta de antemano fallido y reproduce viejos estereotipos *vaciados*, en el doble sentido de la palabra: chuscos en el mejor de los casos y carentes de todo contenido serio.

En su lugar, el autor se inscribe en la línea de investigación iniciada —a mi parecer— por Margaret Mead en 1928 con su obra *Coming of age in Samoa*, en la que se pregunta qué significa ser adolescente en una sociedad distinta a la norteamericana, en donde la adolescencia parecía provocar todo tipo de afecciones glandulares y desajustes sociales. La cruzada de Mead continuó en 1936 con la publicación de *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*, preguntándose por lo que significa ser hombre y mujer en tres sociedades primitivas de Nueva Guinea. Recordemos que en ambas obras la autora monta un alegato en contra de explicaciones de tipo biológico o psicoanalítico y, en su lugar, ofrece esa mezcla —aparentemente contradictoria— de la escuela de cultura y

* Matthew C. Gutmann, *Ser hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón*, El Colegio de México, 2000.

** Profesor investigador del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.



personalidad: una teoría determinista cultural aderezada con fuertes dosis de relativismo cultural.

Años después Oscar Lewis, uno de los herederos de esta tradición, advirtió dos deficiencias en el enfoque que le había transmitido a él su maestra Ruth Benedict: la tendencia a ver a cada cultura como homogénea en su interior y la de subestimar la importancia de la dimensión económica en la comprensión de la cultura. Estas dos observaciones son retomadas por el autor que comentamos.

II

Con este breve bosquejo histórico podemos ubicar mejor la obra a comentar y advertir, al mismo tiempo, su larga trayectoria en la antropología y su enorme actualidad.

En el primer capítulo el autor delimita y formula el tema a investigar:

...qué significa ser *hombre* para los hombres y mujeres que viven en la colonia popular Santo Domingo... cómo se forja y se transforma la identidad de género en una comunidad obrera (p. 33).

Encontramos aquí las tres categorías analíticas más importantes de su trabajo: identidad, género y condición de clase social, y lo que la combinación de estos tres planos significa para los miembros de

una sociedad y época específicas. La forma en que Gutmann piensa las relaciones de estos tres planos, me parece una de las contribuciones más importantes y sugerentes del trabajo. Veamos: si bien la dimensión de los SIGNIFICADOS es relevante en el trabajo, el autor advierte sobre la necesidad de incluir una suerte de contrapeso o complemento a una visión puramente representacional de lo que para los informantes es o no es *ser hombre de verdad*, si se considera *macho o mandilón*; al autor le interesa captar no sólo lo que los hombres dicen sino, sobre todo, lo que hacen:

...el libro sí trata de significados y entendimientos, pero también es un estudio de expectativas, juicios y acciones. Sobre todo, es un examen de la dialéctica que existe entre los significados que se asocian con el género y el poder social (p. 35).

Por perspectiva de género el autor entiende “las formas en que las sociedades comprenden, debaten, organizan y practican las diferencias y similitudes relacionadas con la sexualidad física” (p. 34). Las nociones de género son entonces construcciones sociales, no *naturales*, tampoco resultado de “alguna esencia primordial cuya elasticidad dé testimonio de formas perpetuas de desigualdad” (p. 37).

Se trata de una posición teórica que parte de una inspiración geert-

ziana en busca de significados, que se inscribe además —junto con Roger Keesing, William Roseberry, Stuart Hall y otros—, en una línea crítica de una antropología puramente interpretativa. Los significados se encarnan en actores sociales inmersos en un entramado de relaciones de poder, con intereses y puntos de vista muy diversos y, en ocasiones, antagónicos. Por ello no basta una perspectiva puramente cultural y de género sino también una perspectiva de clase.

Para ello, el autor echa mano de un concepto gramsciano que se refiere a la oposición marxista o, más bien, leninista, entre conciencia de clase y falsa conciencia, pero ambas amalgamadas en una *conciencia contradictoria*; condense la cita que el autor hace de Gramsci sobre las dos conciencias amalgamadas en una “contradictoria: una (es) implícita en su actividad y que en realidad lo une con todos sus compañeros trabajadores... y otra, (es) superficialmente explícita o verbal, que ha heredado del pasado y ha absorbido sin discriminación alguna” (p. 37). No hay tiempo para detenerse a discutir dicha formulación, basta preguntarnos si acaso existe alguna conciencia que no sea contradictoria.

Gutmann encuentra útil la categoría para explicar cómo las clases trabajadoras “comparten, por un lado, una conciencia aceptada ampliamente y sin reservas, que

heredaron del pasado..., y por otro, una conciencia implícita que vincula a unos individuos con otros en la transformación práctica del mundo” (p. 38). Asociada a esta formulación, a lo largo del libro encontramos referencias a las oposiciones entre *popular* y *dominante*, *hegemónico* y *alternativo* o *emergente*. Por ejemplo, discutiendo la relación entre masculinidad y paternidad, el autor comenta que el contacto estrecho con padres “me enseñó a distinguir mejor entre las costumbres heredadas del pasado... y las nuevas formas en que día con día los hombres y las mujeres de Santo Domingo las desafían” (p. 90).

A menos que uno parta de una definición ontológica de identidad, una definición sustancialista, toda identidad, cualquier identidad—de género, de clase, de etnia, etcétera—es un proceso siempre en cambio y jamás acabado, tal y como lo reconoce Gutmann; pero que se trate de un proceso, por momentos tan fugaz que surge, que emerge en el proceso mismo de la interacción social entre individuos y grupos, no significa que podamos juzgar o adjetivar las nuevas formas de identidad masculina como *desafiantes* o *alternativas*. Que las formas de identidad cambian, ni duda cabe; que cambien en un sentido determinado, habría que demostrarlo.

III

La descripción etnográfica está contenida en ocho capítulos en los que habla de las formas en que cotidianamente, frente a las mujeres y otros hombres, en diferentes contextos y situaciones sociales, los hombres de Santo Domingo definen, construyen y se interrogan sobre su identidad masculina. El texto examina la masculinidad en

relación con el trabajo doméstico, la paternidad, la sexualidad, el consumo de alcohol y la violencia intradoméstica. Una de las virtudes de la mirada del etnógrafo Gutmann es, justamente, demostrar cómo la identidad masculina se construye en el proceso de la interacción social, cómo no siempre coinciden las representaciones culturales con las prácticas sociales y cómo las diversas formas y relaciones entre el ámbito local, el de la ciudad y el nacional interactúan y se interrelacionan; por ejemplo, los efectos locales de las crisis económicas nacionales, los cambios en la conducta demográfica, la inserción de la mujer en el mercado laboral, etcétera, aparecen muy bien documentados en su etnografía como fuerzas extralocales que si bien estructuran y delimitan las posibilidades de acción de los sujetos, no las determinan de manera mecánica, ni en sus efectos ni en su significación.

Algo que también habría que agradecer al autor es el frecuente apoyo en notas a pie de página, sobre todo cuando se trata de referencias bibliográficas. A partir de estas referencias el o la lectora puede reconstruir (casi en su totalidad) la historia reciente del debate en la antropología del género y enterarse de referencias sobre estudios etnográficos en México y en cualquier otra parte del mundo sobre los más diversos temas relacionados con el género. Para los no expertos pero interesados en el tema de la antropología del género, se trata de una verdadera introducción, teórica y etnográfica, al estado de la cuestión.

A pesar de la advertencia del autor de privilegiar lo que los hombres hacen y no sólo lo que dicen que hacen, creo que en el plano etnográfico predomina más lo segundo. Aun en situaciones en las que

sería mucho más conveniente describir lo que los autores hacen o el tipo de vínculos sociales que establecen, Gutmann prefiere preguntar cosas como “quién mostraba más afecto hacia los niños” (p. 122), o “quién manda en la casa” (p. 303), o cómo se reparten los cónyuges las tareas domésticas, entre otros. Sobre todo para alguien interesado más en prácticas y comportamientos que en representaciones e ideas, observar y describir situaciones específicas o reconstruir minuciosamente conflictos hubiera sido de mucha mayor utilidad que hacer preguntas cuya respuesta lo llevan a uno a sospechar que en más de una ocasión “se lo cotorrearon”.

Donde sí se añora un trabajo más riguroso del etnógrafo es en sus continuas y ambiguas referencias a lo largo del texto sobre *algunos*, *muchos*, *pocos*, *la mayoría* de los hombres o mujeres que hacen o piensan tal y tal. No me detengo a ofrecer ejemplos concretos porque se trata de una manera permanente de referirse a individuos o grupos que recorre toda la obra. ¿Cuántos son *algunos* o *muchos*? ¿quiénes son esos *muchos*, *algunos*? ¿cómo ponderar su peso o importancia? y, sobre todo, ¿cómo ubicarlos en un entramado de relaciones sociales, en una retícula, en una estructura de relaciones entre individuos y grupos? Imposible saberlo.

¿Cómo explicar esta falla en un trabajo etnográfico que de muchas maneras demuestra gran oficio? No lo sé, quizá sea un efecto involuntario de una visión que tiende a ver como homogéneo al grupo estudiado y que, para fines argumentativos, busca polarizar y subrayar diferencias entre su universo de estudio y otros grupos o clases medias y altas. Su referencia indistinta a llamar a la colonia y a su población *popular*, *obrero* o *proletaria*, sin ofrecer evidencia empírica de su

composición por ingreso o trabajo también constituye una laguna importante que, quizá, se quiera compensar con la necesidad de apuntalar esa visión de homogeneidad intragrupal. Lo mismo sucede cuando habla sobre la matrifocidad en México y dice ser “un fenómeno poco estudiado y, por supuesto, no es exclusivo de la colonia Santo Domingo” (p. 362). De nuevo nos quedamos sin poder constatar si lo es o no, porque el autor no refiere datos al respecto, sólo menciona casos en donde sí lo es y casos donde no, creando más una impresión casuística que una ayuda a nuestra comprensión del fenómeno. Uno como lector extraña con frecuencia la existencia de un censo levantado por el etnógrafo, no con fines de representatividad en una población difícil de delimitar geográfica y sociológicamente, pero sí que diera cuenta de patrones recurrentes. Es algo que, por ejemplo, uno encuentra en el trabajo *Cómo sobreviven los marginados* (1978) de Larissa A. de Lomnitz que, aunque no es igual al texto reseñado en cuanto a objetivos y perspectiva teórica, sí guarda cierta semejanza en cuanto al tipo de población estudiada y a esa práctica vaga y jabonosa que *nos identifica* como antropólogos, la llamada *mirada etnográfica*.

IV

La mezcla entre perspectiva teórica, posición ideológica y trabajo etnográfico produce por momentos tensiones y confusiones de planos que restan fuerza a los argumentos y empobrecen el trabajo. En algunos pasajes no se sabe si el autor quiere hacer comprensible los resortes de las prácticas y representaciones de los actores o si pretende cambiarlos en una dirección más *apro-*

piada desde una perspectiva política del autor o bien si su intención es justificar, más que explicar, este conjunto de prácticas y representaciones. Veamos cada uno de estos planos sobrepuestos.

• **CUANDO EL ANTROPÓLOGO SE COLOCA EN EL LUGAR DEL IDEAL.** En el capítulo 3, “Padres imaginarios y padres genuinos”, aborda el tema de “qué HACEN los hombre como padres en Santo Domingo y en qué se relaciona, para ellos, el hecho de ser padre y ser hombre” (p. 89). Hace una detallada descripción de las tareas y la división del trabajo entre marido y mujer en el interior del hogar con respecto al cuidado de los hijos. Consigna que la mayor responsabilidad respecto a la atención de los bebés —y, por cierto, nunca define qué es un bebé en Santo Domingo— en cuanto a limpiarlos y alimentarlos recae en las madres, pero que cuando el bebé crece, aumenta también la responsabilidad, el cuidado, el interés y la atención del padre. Ese cambio en el padre, de pasividad y distancia a un progresivo y novedoso interés y responsabilidad por el hijo lo sorprende y lo lleva a preguntarse: “Pero entender por qué a los hombres les importan MENOS los bebés no es un asunto fácil” (p. 123). Y leer esto me lleva a preguntarme ¿menos que a quién? y en la medida en que el trabajo no ayuda mucho a despejar el *menos*, lo único que se me ocurre es pensar en un *menos* que a él, el etnógrafo que llega al trabajo de campo también como padre de una recién nacida y con la que, por lo que nos cuenta, pasa muchísimo tiempo del día y lleva a todos lados en su *canguro*.

• **CUANDO EL ANTROPÓLOGO QUIERE CAMBIAR AL OTRO.** En el capítulo 8, “Miedo y odio en la violencia masculina”, trata justamente de la violencia en

el interior de la familia. Relata una entrevista con una mujer golpeada por su marido que le dice que “la violencia en el matrimonio siempre es culpa de la mujer (y) como era buena amiga mía, DISCUTÍ acaloradamente con ella, tratando de encontrar una situación en la que ella admitiera siquiera que su esposo era culpable, pero todo fue inútil” (p. 302). Otra vez nos encontramos frente a una oportunidad para entender un poco mejor un fenómeno social de enorme trascendencia y se nos pierde por el impulso o deseo personal del etnógrafo de cambiar dicha situación.

• **CUANDO EL ANTROPÓLOGO QUIERE JUSTIFICAR AL OTRO.** Por momentos también se aprecia una confusión entre querer entender y querer justificar la conducta observada. Donde más claro aparece ésta es en el análisis sobre la violencia masculina en contra de las mujeres. Para cerrar el capítulo 8 dedicado al tema, el autor afirma que “como grupo, y a menos que se les obligue a hacerlo, los hombres de Santo Domingo no renuncian a su prerrogativa de dominar físicamente a las mujeres” (p. 312), lo cual no nos sorprende demasiado; lo que sí me deja perplejo es su afirmación de que “ha sido posible encontrar soluciones prácticas a la violencia masculina en contra de las mujeres gracias a que el problema ha sido enfrentado y atacado desde el interior de la comunidad...” (p. 312). Con lupa regresé a leer el capítulo buscando la *solución* sin encontrarla por ningún lado; más bien, lo que uno encuentra es una suerte de justificación y una pobre explicación de la violencia al afirmar que “en la actualidad las relaciones de género han experimentado un desarraigo cultural... (puesto que) para muchos hombres ha sido muy difícil asumir la independencia de

las mujeres” (p. 312). Pero no sólo no encuentro la solución, sino que tampoco encuentro que el texto me ayude a entender el problema planteado.

No basta apelar, como lo hace Gutmann ya hacia el final de su libro, a “la perspectiva de la investi-

gación académica comprometida políticamente... (en la cual) el punto no es dejar el mundo ‘intacto’ y ‘como lo encontramos’” (p. 351). De acuerdo. Pero otro “punto” igualmente importante y deseable—aunque más modesto—, como antropólogos, es “no dejarlo como lo en-

contramos” antes de la investigación en cuanto a nuestra comprensión del problema a estudiar, y en muchos aspectos, el libro de Matthew Gutmann ciertamente no lo deja como lo encontré pero tampoco del todo como a él y a nosotros nos hubiera gustado.